

Lewis A. Coser

Maestros del pensamiento sociológico

Traducción de María Teresa Casado Rodríguez

Presentación de Emilio Lamo de Espinosa. Prefacio de Robert K. Merton

Madrid: CIS, 2019, 695 págs.

Que un libro escrito con vocación de manual en los primeros años setenta del siglo pasado se traduzca a otro idioma cincuenta años después es un indicio de que ha alcanzado la categoría de tratado clásico. En el ámbito de la sociología o, como en este caso, de la teoría sociológica, el único libro al que hasta hoy cabía atribuir ese estatus es *Las etapas del pensamiento sociológico* de Raymond Aron, si bien de éste había traducción al castellano desde hace tiempo (primero, la argentina de Ediciones Siglo Veinte y, desde hace unos años, la edición española en un solo volumen que publicó Tecnos) mientras que el de Lewis Coser se edita ahora por primera vez en español. Si en el libro de Aron el canon resultante es sucinto (siete autores, Simmel no entra) y quedaba fijado por la tradición europea continental y singularmente por la doble tradición francesa (la sociología política de Montesquieu a Tocqueville, la positiva de Comte a Durkheim), en *Maestros del pensamiento sociológico* la voluntad de Coser es inclusiva (da cuenta de dieciséis autores más un capítulo de “tendencias recientes”), cosmopolita y atenta al impacto y arraigo de la sociología europea en la vida académica norteamericana (no entran ni Montesquieu ni Tocqueville, ausencia esta última que le reprocha con razón y con razones Emilio Lamo de Espinosa en su prólogo a esta edición¹). Mirada a Europa desde los Estados

¹ En la lista de presencias y ausencias y en la discusión de su oportunidad, que es inevitable comentar en un libro de esta naturaleza, yo echo de menos a Norbert Elias (ni una sola mención en casi setecientas páginas). Aunque comprensible en cuanto Elias estaba siendo ‘redescubierto’ precisamente en aquellos años, es también consecuencia de la desatención de Coser hacia la sociología histórica. En el capítulo final, donde da cuenta de las tendencias recientes en la teoría sociológica estadounidense (se ha traducido la segunda edición ampliada, de 1977) olvida

Unidos que se aprecia nítida en el papel protagonista que Coser otorga en esta historia intelectual de la sociología a una cuestión decisiva: los exilios.

Pero *Maestros del pensamiento sociológico* no es un manual convencional de teoría sociológica. Mejor dicho, sí lo es en cuanto a su estructura (por autores y por orden cronológico) pero no en cuanto a sus contenidos: la biografía de cada autor y la información sobre el contexto histórico y social en el que pensaron y escribieron sus obras, recogidos por lo general en epígrafes preliminares, escuetos y esquemáticos en los manuales, son el sustento prioritario de este volumen. Bien al revés, es la exposición de las teorías lo que se presenta de manera sintética. En algunos casos, en mi opinión, demasiado sintética. Dice Lamó de Espinosa en la presentación que estamos ante un libro de historia de la sociología escrito por un sociólogo que no se ha olvidado de que lo es; de un libro de sociología de la sociología. Coincido con él pero me gustaría reivindicarlo en su sencillez como un ejercicio imponente de historia intelectual: un buen libro. Un libro bien hecho.

Cuenta Miguel Morey en su biografía de Nietzsche que éste dedicó media vida a escribir un libro sobre los sabios arcaicos griegos que nunca terminó y que “estaba imaginado a la manera de un clásico que conocía muy bien, las *Vidas de los filósofos más ilustres* de Diógenes Laercio, donde a propósito de cada filósofo se entretienen anécdotas y pensamientos. Nietzsche retuvo ese latido entre la anécdota y el pensamiento como algo sustancial”². Aquella imaginación y vocación de escritura guía también este libro. Dividido cada capítulo en cuatro partes -la obra, el hombre, el contexto intelectual y el contexto social- es en mi opinión en los dos epígrafes centrales donde más se eleva. Las biografías están muy bien informadas y escritas con claridad, precisión y -haciendo honor al título- maestría: su logro aquí es de carácter narrativo. La exposición del contexto intelectual de cada autor, articulada en torno al concepto de “audiencia”, es decir, para quién escribe o a quién se dirige en cada momento de su trayectoria intelectual, se eleva por su capacidad explicativa respecto de las ideas y su proceso: aquí el logro es de carácter analítico. Coser realiza así un ejercicio ejemplar de sociología histórica del conocimiento al combinar la dimensión narrativa y la atención al detalle con la dimensión analítica y su imprescindible andamiaje teórico y conceptual.

también *Los orígenes sociales de la dictadura y de la democracia*, de Barrington Moore, publicado diez años antes y cuyo impacto está a mi juicio fuera de discusión.

² Miguel Morey, *Vidas de Nietzsche*, Madrid: Alianza, 2018.

Ya desde el primer capítulo, dedicado a Comte, encontramos lecturas e interpretaciones distintas de las habituales, casi estandarizadas, que se han impuesto sobre el padre fundador francés. Por ejemplo, por más que Durkheim buscara despegarse de la desprestigiada herencia comteana, y aunque Coser no lo afirma de manera explícita, de la lectura del capítulo teórico se desprende con facilidad cómo no pocas de las principales tesis durkheimianas están anticipadas, bien sea como intuiciones, en la obra de Comte: la distinción entre lo normal y lo patológico y la relevancia analítica de lo último; la crítica de las prenociones; la relevancia de la cuestión demográfica; la división del trabajo como fuente de solidaridad social; el papel de la religión como cemento de la sociedad. “Ciertamente -dice Coser- debe considerársele como uno de los primeros analistas funcionalistas de la sociedad”. En cuanto al rastreo de sus influencias, además de los habituales Condorcet y Saint-Simon y de la consabida fe en el progreso, Coser destaca con acierto las influencias de Kant y Adam Smith y, sobre todo, apunta a la importancia que la corriente tradicionalista (De Maistre, De Bonald - influencia que Nisbet detectó también en la obra de Durkheim) tuvo en su pensamiento, especialmente en su *estática social*. “Comte debía mucho a estos enemigos de las promesas y premisas de la Ilustración - casi tanto como lo que debía a la propia Ilustración”. Por último, sobre el contexto social y la singular posición de Comte en éste, cuestión oscurecida por la deriva lunática de sus últimos años y su carácter insufrible durante todos los demás (y que, por cierto, la lectura de este libro demuestra en este sentido que Comte apenas fue uno más en la nómina de nuestros clásicos, atestada de personajes excéntricos y desequilibrados) de nuevo Coser saca partido a su mirada histórica y capacidad interpretativa presentando a un hombre marginal, pero no del todo excluido de la vida académica (a la que sí fueron casi siempre ajenos, nos recuerda, Darwin o Nietzsche): “Durante años y años Comte experimentó un proceso de socialización anticipatoria. Se preparó para desarrollar las actitudes y los valores necesarios de una posición académica plena, sin llegar a tener nunca la oportunidad de representar un papel que había aprendido con tanta asiduidad. Cuando finalmente comprendió con claridad que nunca llegaría a desempeñar el anhelado papel institucionalizado, resolvió inventarse un papel para sí mismo, el de profeta. Ahora bien, los profetas son hombres solitarios que pueden tener discípulos, pero no colegas”.

La misma lectura anticonvencional encontramos en el capítulo dedicado a Marx, el segundo del libro, dejando claro al lector que ésta será la perspectiva dominante en toda la obra. Buen conocedor del pensamiento socialista y familiarizado desde muy joven con la lectura directa de los textos de Marx, Coser

matiza incansable las interpretaciones más tópicas, cargando el énfasis contra la clásica lectura del determinismo económico. El capítulo, muy influido por el libro de Isaiah Berlin sobre Marx, está salpicado de observaciones sagaces (como cuando califica *La sagrada familia* de “tediosa trifulca familiar en las filas de la izquierda hegeliana”) y, de nuevo, destaca por su capacidad para indagar en el tupido mapa de las influencias y las fuentes. Como ya hizo con Comte, además de las referencias establecidas como cardinales (idealismo alemán, socialismo francés, economía política inglesa) Coser nos llama la atención sobre la importancia en el pensamiento marxiano de la Ilustración alemana y su muy temprana y fundamental lectura de Spinoza; nos regala también un breve pero impecable apunte sobre las raíces intelectuales del concepto de alienación desde Rousseau a Schiller y Fichte; recoge de Sidney Hook (*From Marx to Hegel*, de 1936) la tesis de que Rudolf Hess ya había esbozado los puntos esenciales que recogería después *El Manifiesto Comunista* y observa cómo Saint-Simón ya había establecido que la Historia es la historia de la lucha de clases. Marx, sostiene Coser, debía a los utópicos mucho más de lo que estuvo dispuesto a reconocer.

Llegado el momento de interpretar la obra de Marx a la luz de su contexto social, su peripecia vital, la recepción de su obra y la búsqueda de una audiencia, emerge la cuestión esencial de la emigración y el exilio. La ya mencionada importancia que esta variable ocupa en *Maestros del pensamiento sociológico* sólo puede ser comprendida atendiendo a la biografía de su autor, hijo del corto siglo XX: infancia y juventud berlinesa, temprana emigración a Inglaterra, segunda migración a Francia y definitivo exilio norteamericano huyendo de los nazis. Así, Coser aplica a Marx la definición simmeliana de extranjero y, en un pasaje bellissimo, señala cómo “la ubicación de Marx en el margen extremo de su sociedad y su rechazo del público real por uno imaginario que estaba por llegar dan cuenta de algunas deficiencias, así como de la lucidez de su visión. Como un forastero, podía discernir las fisuras en el edificio imponente de la sociedad capitalista, ocultas a los ojos de sus moradores. Las cruciales ideas de Marx sobre los conflictos y las contradicciones inherentes de la sociedad capitalista las obtuvo al precio de la soledad y el exilio”.

No aburriré al lector recorriendo cada capítulo de este libro extenso. Uno se abandona a un relato plácido sobre la vida, la obra y la época de los clásicos y reflexiona, quizá por primera vez, sobre si Spencer “tenía un sentido muy agudo de las consecuencias imprevistas de las acciones humanas”, o sobre las dificultades que tuvo para conciliar individualismo y organicismo en su teoría social. Repara, quizá por primera vez, sobre el papel que juega no sólo el filósofo sino el interlocutor John Stuart Mill en toda esta historia. Aprende sobre el

peculiar -por asistemático- método de estudio de Spencer y es advertido sobre lo inadecuado de hablar de su obra como darwinismo social (la influencia entre Spencer y Darwin fue recíproca y lo sustantivo de la teoría organicista de la sociedad del primero había sido elaborado antes de la publicación de *El origen de las especies*). Conoce de qué manera Durkheim, sobre todo el de *La división del trabajo social*, en su empeño por confrontar las ideas de Spencer acabó consiguiendo que éstas pervivieran más de lo que la atmósfera intelectual de aquel tiempo hubiera hecho prever.

Ocurre sin embargo que los capítulos dedicados a las figuras totémicas de Durkheim y Weber (y a otra escala, un George Herbert Mead ágrafo y opacado por la figura dominante de John Dewey) son quizá los menos satisfactorios del volumen. Del primero me detengo en un apunte sobre la atención, meticulosa, que prestó a la sociología alemana de su tiempo, cuestión conocida y comentada (en su día le costó sufrir sospechas de germanofilia) que aquí se destaca informando sobre las reseñas que escribió de la obra de Tönnies y de Simmel. El lector toma también conciencia de hasta qué punto Durkheim y el campo magnético de Durkheim (el grupo de *L'Année Sociologique*) fueron influyentes, incluso poderosos, en la organización del sistema educativo de la Tercera República a todos los niveles, no sólo en la Universidad, en un periodo -señala Coser- entre 1870 y 1895 donde el presupuesto del Estado francés dedicado a la educación superior se triplicó. Y celebro que el capítulo refleje la importancia que el grupo de *L'Année* tuvo en la renovación de la historiografía francesa a través de la primera generación de la Escuela de los Annales, ejemplo paradigmático de un diálogo posible y deseable entre la sociología y la historia. En cuanto al capítulo sobre Max Weber, siempre difícil de sintetizar, me interesan su discusión metodológica sobre la causalidad como probabilidad (frente a quienes sostienen que rechazaba la idea de causalidad y la sustituyó con la de afinidad electiva) y, de nuevo (una constante en el libro) su sagacidad a la hora de detectar la influencia de Simmel, incluso cuando establece paralelismos discutibles como el que traza entre las formas sociales y los tipos ideales.

En el libro hay también simpatías y antipatías. Entre las primeras ya ha quedado claro que Coser admira a Simmel, pero también eleva, en un relato magnífico, la figura de Veblen. De las segundas caen víctimas Pareto y Mannheim, a quien dedica un capítulo que desentona por su severidad a pesar de un redentor párrafo final.

Simmel es su clásico predilecto. Ya lo sabíamos: en él fundamentó su teoría del conflicto y su autoridad legitimó el intento de erosión del canon fijado por Parsons en *La estructura de la acción social* (1937). Coser ya había editado un

volumen colectivo sobre Simmel en 1965 que sirve de sustento a casi todo el capítulo, aunque a pie de página se va desplegando ante el lector una relación exhaustiva (y significativa del peso que tuvo su obra en los orígenes de la sociología norteamericana) de la mucha bibliografía secundaria ya entonces disponible sobre el berlinés. Una vez que su figura irrumpe en el libro, aparece aquí y allá en prácticamente todos los capítulos siguientes. Coser encuentra reminiscencias y herencias de él en toda la sociología coetánea e inmediatamente posterior (y eso a pesar de que Lukács y la tradición marxista europea son tratados en el libro sólo de refilón). La exposición de los principales conceptos y teorías de Simmel es sucinta y certera, si bien algo desequilibrada entre lo que Coser considera su contribución estrictamente sociológica (sociología formal, “tipos” sociales, relevancia del número) y su ensayismo culturalista. Y de manera tan sutil que no estoy seguro de que sea consciente se puede entrever la tensión entre el a priori de la insociable sociabilidad (tomado directamente de Kant: *Ideas para una historia universal en clave cosmopolita*), el concepto de ambivalencia sociológica y el diagnóstico (esta vez nietzscheano) sobre la tragedia de la cultura moderna. Con todo, este capítulo es junto con el dedicado a Veblen y, quizá, a Sorokin, en el que la importancia de la lectura biográfica es más evidente. En una historia marcada por viajes, migraciones y exilios, la vida de Simmel contrasta por su absoluta identificación con Berlín, ciudad natal de la que apenas salió, escenario inmovible de su vida. Un dato que nos permite entender al autor de “Las grandes urbes y la vida del espíritu”, el clásico que mejor comprendió que el escenario de la modernidad es la ciudad, laboratorio de todo experimento político y social. Tanto el objeto de su obra como, sobre todo, el tono y carácter de sus escritos (el célebre ‘impresionismo sociológico’) son interpretados por Coser como resultado de la intensa raigambre urbanita de Simmel, eterno aspirante a pertenecer a un mundo universitario que le fue hostil por antisemitismo, pero no sólo por antisemitismo. En los márgenes de la vida académica, Simmel ocupó sin embargo un lugar central en la efervescente vida cultural berlinesa de su tiempo. Por el salón de su domicilio desfilaban ritualmente poetas, pensadores y artistas. Dotado de un extraordinario sentido escénico, sus intervenciones fuera de la Universidad (origen de muchos de sus ensayos) eran acontecimientos tan concurridos como celebrados, eso sí, por un auditorio no académico. Esto agudizó su marginalidad institucional. Es sabido que tuvo el apoyo decidido y el reconocimiento de, entre otros, Max Weber, y que su compromiso y dedicación a la docencia fueron grandes, pero su éxito fuera de las aulas alimentó el recelo de los mandarines para quienes “los que intentan realizar un trabajo puramente creativo tienden a ser considerados ‘extraños no fiables’, por lo que se desconfía de ellos”. A la vez condenado y

liberado, como en un círculo no sabemos si vicioso o virtuoso, el rechazo institucional empujó a Simmel cada vez más a satisfacer a su audiencia culta no universitaria, acentuando los peculiares rasgos de su estilo de orador y escritor. “En el margen de ambas culturas adquirió esa peligrosa posición social en la distancia intelectual que le permitió desarrollar libremente sus habilidades analíticas”.

El retrato de Thorstein Veblen, otro semimarginado o semitolerao que “para la sociología fue más un Montaigne que un Weber”, es delicioso. Coser destaca su pensamiento por la originalidad. Hoy destaca ante nosotros por su vigencia. Entonces, para Coser, Veblen fue el anticipador de conceptos como el de funciones latentes o de teorías como la de la privación relativa. Ahora para nosotros Veblen fue el anticipador de conceptos bourdianos como el de habitus o las estrategias de distinción y desde luego el estudioso del capitalismo que mejor intuyó la oposición, para él irreconciliable, entre la economía productiva y la especulativa, dominada esta última por parásitos que lejos de contribuir al progreso lo ralentizan o incluso inhiben. Sarcástico, agresivo, impertinente y radicalmente independiente en una época en que la excentricidad no revertía en capital simbólico, Coser dibuja a un hombre heterodoxo y cultísimo casi condenado a ser inadaptado y acaso salvado por el reconocimiento ajeno de su talento, desde Weber y Sombart hasta sus colegas de la Universidad de Chicago, único lugar en una trayectoria itinerante donde Veblen pudo encontrar su sitio. Allí escribió la *Teoría de la clase ociosa*, libro en que Coser encuentra deudas de sus colegas de Chicago (especialmente de Franz Boas y W. I. Thomas) casi en cada página.

De nuevo la emigración (el extranjero de Simmel, “un hombre más libre en la teoría y en la práctica”) es la clave interpretativa. Con la singularidad en el caso de Veblen de que fue un inadaptado tanto en su comunidad de origen (austeros y laboriosos campesinos noruegos emigrados) como en la sociedad de acogida. En la página 346 encontramos una observación casi idéntica a la que ya hemos citado sobre Karl Marx: “Es precisamente esta condición de extranjero lo que le permitió percibir las características de los estilos de vida y las costumbres estadounidenses que el ciudadano asentado no percibía fácilmente. La marginalidad potenció su capacidad de observación. (...) el extranjero como analista amenaza al mundo del simple creyente con un ingente desencanto. Es, en las palabras de Veblen, “un perturbador de la paz intelectual”. Estos hombres no tienden a ser bien acogidos en la sociedad en general, aunque sí a encontrar su audiencia entre otros espíritus descontentos”. Esos espíritus descontentos se convirtieron en su audiencia de escritor radical con éxito en publicaciones como

The Dial, pero su momento pasó pronto. Veblen sería redescubierto inmediatamente después de su muerte (1929) con el estallido de la Gran Depresión y a través de sus discípulos dejaría su impronta en las políticas del New Deal.

En cuanto a las antipatías, la de Pareto, “un genuino heredero de Maquiavelo” a quien Coser lee a través de Aron y de Parsons, es previsible por la implicación del italiano con el fascismo de sus últimos días. No olvidemos que Coser no fue un intelectual radical pero sí un hombre de izquierdas, antifascista en un tiempo, que hoy algunos añoramos, donde sobre ciertas posiciones no cabían medias tintas. En cuanto a su obra, cada vez más ajeno a las corrientes intelectuales de su época (Coser le recrimina su ignorancia de Freud y de la sociología alemana, Weber incluido) “el exilio del mundo de la modernidad que se impuso a sí mismo, la fuerza de su odio y la virulencia de sus prejuicios limitaron gravemente el alcance de la visión de Pareto y distorsionaron sus hallazgos”. A pesar de todo, el epígrafe que dedica a la distinción entre acción lógica y no lógica es muy atinado, la selección de pasajes del *Tratado* que extracta para ilustrar la noción de “residuos” es, por intemporal, casi cómica y detecta (y le afea) su no reconocida deuda con Saint-Simon, a quien Coser atribuye la teoría de la circulación de las elites. Por último, en consonancia con todo el libro, Coser rastrea con agudeza la influencia de Pareto en otros autores (en Parsons y Homans, pero también en Crane Brinton y en Schumpeter) y momentos, como cuando explica el porqué de la buena acogida que algunas de sus ideas tuvieron en los Estados Unidos durante la Gran Depresión pues “su obra apelaba a dos corrientes importantes del clima de opinión de los años treinta: la creencia en la autoridad salvífica de la ciencia y la pérdida de la creencia en la autoridad de la tradición. Su positivismo atraía en un clima intelectual en el que sólo las afirmaciones científicas permanecían incontrovertibles y su postura desenmascaradora congeniaba con la de los intelectuales cuyas seguridades se habían visto seriamente cuestionadas desde que los mercados se desplomaron en 1929. A Pareto se le leía en gran medida como un tipo de respuesta burguesa a Marx, o como un equivalente funcional y conservador a este”.

Menos previsible, incluso sorprendente, es la dureza hacia Karl Mannheim, aunque sólo sea por tratarse del clásico por antonomasia de la sociología del conocimiento, subcampo de la predilección de Coser hasta el punto de contar casi con epígrafe propio en cada capítulo del libro. Es además el único caso en el que no atribuye a la emigración y el exilio (de Hungría a Alemania y de allí a Inglaterra) una posición privilegiada de lucidez. Los años ingleses de Mannheim son aquí interpretados como un periodo de progresivo empobrecimiento

intelectual de su obra, consecuencia de una deriva conservadora algo torpe. Es la época en que Mannheim demandaba la revitalización de la religión para la reconstrucción planificada de Europa y exhortaba al sociólogo a comprender la necesidad de un poder espiritual que integrara a las personas, años en los que se le asocia con el círculo intelectual conservador The Moot al que perteneció, entre otros, T. S. Eliot. “El ansia de orden que guió a Mannheim en su periodo inglés le aproximó peligrosamente al fantasma de Augusto Comte. El *sociologue engagé* no se opuso lo suficiente a los demonios convocados por primera vez por el hijo espiritual de Saint-Simon”. Una lectura en la que han coincidido otros especialistas e intérpretes después que él.

Nada más comenzar el capítulo ya advierte de que “quien acuda a Mannheim para aprender un modo integrado y coherente de razonar sobre la relación entre el conocimiento y la sociedad, quedará decepcionado” y de que “el carácter titubeante y tentativo de su obra dificulta mucho una sucinta exposición de sus ideas principales”. De acuerdo con la distinción establecida por el propio Mannheim respecto de sus preocupaciones intelectuales, Coser observa en su obra una dimensión empírica que explora la relación directa entre las relaciones sociales y el conocimiento y otra dimensión epistemológica, derivada de la primera, que se interroga sobre el problema de la validez del conocimiento. Es en este segundo aspecto en el que, según Coser, Mannheim fracasó hasta el punto en que “en muchas aseveraciones incautas, Mannheim se aproxima peligrosamente a un relativismo epistemológico universal que le deja indefenso contra sus críticos”. No es este el momento de valorar la conocida como paradoja de Mannheim y el grado más o menos satisfactorio en que el autor de *Ideología y utopía* supo escapar de ella y de sí mismo. Basta apuntar que en 1975 (es decir, un año antes de la aparición de la segunda edición de *Maestros del pensamiento sociológico*) dictaba Paul Ricoeur en la Universidad de Chicago sus conferencias sobre Mannheim dando algunas claves sobre este punto³.

El escenario de los capítulos siguientes no traspasa ya las fronteras de los Estados Unidos (salvo para dar cuenta del fascinante periplo vital de Pitirim Sorokin y el no menos interesante de Florian Znaniecki) y nos cuentan sobre la vida y la obra de los más renombrados autores de la Escuela de Chicago. Nos sirven hoy para evaluar las convergencias entre la sociología norteamericana de fines del XIX y principios del XX y la que se hacía en Europa, así como el proceso de

³ Hay edición en español de estas conferencias: Paul Ricoeur, *Ideología y utopía*, Barcelona: Gedisa, 2006. Tardaría veinte años en publicarse en inglés por lo que Coser no tenía por qué conocerlas.

decantación de la segunda hasta la primera a través del cedazo pragmatista. También para conocer la lucha que tuvieron que librar los pioneros de la sociología estadounidense contra unas estructuras académicas reticentes a arrinconar la Teología, materia fundacional de sus programas de estudio; deshacer creencias enquistadas sobre la Escuela de Chicago en relación, por ejemplo, con la influencia de Mead y la psicología social; o reparar en que Robert Park no desatendió tanto como se piensa las cuestiones teóricas para privilegiar las empíricas y que se pueden hacer grandes contribuciones siendo un “sociólogo de sillón de orejas”, como califica a Charles Horton Cooley. También para recordarnos el papel de lo anecdótico y lo puramente azaroso en el devenir de la historia intelectual, como cuando relata la escena en que W. I. Thomas “una lluviosa mañana, mientras paseaba por la calle detrás de su casa, tuvo que apartarse súbitamente para evitar que le cayera encima una bolsa de basura que alguien estaba tirando por la ventana. Cuando la bolsa se abrió a sus pies salió de ella una larga carta. La recogió, se la llevó a casa y vio que estaba escrita en polaco por una chica que asistía a un curso de formación en un hospital. Iba dirigida a su padre y discutía sobre todo asuntos y desavenencias familiares. A Thomas se le ocurrió que uno podía aprender mucho de este tipo de cartas”. Sobre una base de centenares de cartas como aquella y miles de documentos comprados a los archivos de un periódico polaco, asesorías legales, organizaciones benéficas y de inmigrantes, hojas parroquiales y diarios personales se levantarían las 2.244 páginas de la edición original de *El campesino polaco en Europa y en América*. “Este fue el inusual incidente que llevó a Thomas a desarrollar el método de historia de vida que le ha hecho famoso”.

La traducción es buena y la edición bastante esmerada (no hay libro sin errata). La presentación, clara y precisa, a cargo de Emilio Lamo de Espinosa, sitúa al autor y a su obra en perfecta sintonía con el libro que introduce, es decir, mediante un ejercicio de sociología de la sociología del propio Coser. Uno termina de leer y lamenta que el libro se acabe. Querría seguir leyendo sobre la vida y la época de quienes vinieron después en un libro culto, elegante, sencillo e iluminador como este.

Héctor Romero Ramos

Departamento de Teoría, Metodología y Cambio Social

UNED